

CELCIT. Dramática Latinoamericana 386

VALDIVIA

Inés Stranger

PERSONAJES: M (8) / F (1)

Don Bruno

Pedro de Valdivia

Inés de Suárez

Rodrigo de Quiroga

El padre Juan

Diego

Antonio

El negro Domingo

Lautaro

1. En el presente. El archivo.

Don Bruno: Ah carajo... ¡cómo duele! ¡Cómo se agita este bandido!... (intenta respirar) uno... dos... imposible. Algo se rompió aquí adentro. Hace frío, carajo, qué frío más grande hace. Que alguien cierre las ventanas. Ay diablos que el corazón estalló... y hoy es lunes. Lástima. Mala cosa morir un lunes. El archivo va estar cerrado por culpa de mi muerte...

Pedro: No os rindáis, don Bruno, seguid luchando. No podéis permitir que vuestras fuerzas os abandonen. No os dejéis acobardar.

Don Bruno: No, Valdivia, déjeme en paz... Hoy no estoy para conversaciones... ¿que no ve que me estoy muriendo?

Pedro: Respirad, vuestra merced, inspirad aunque os duela. Intentadlo de nuevo. Que el dolor os recuerde que seguís vivo.

Don Bruno: Déjeme Valdivia... quiero descansar. Mi hora ya llegó, es evidente, nadie se muere la víspera...

Pedro: Esta no es ni será vuestra hora, don Bruno, seguid luchando.

Don Bruno: Vamos Valdivia... qué sentido tiene. Hay que aceptar cuando se está vencido... es un extraño placer el de abandonarse y dejarse ir tan dulcemente. Me siento liviano, casi feliz ahora que el dolor se va alejando...

Pedro: La muerte no es una mujer atractiva, don Bruno, no os dejéis engatusar. Queda uno suspendido entre las dudas y los remordimientos. No se cansa el espíritu de vagar y de recorrer los momentos vividos y de buscar explicaciones y quiere la conciencia encontrar sosiego mas os atrapa el rencor con la misma fuerza que antaño y os obliga a permanecer atado a los recuerdos. Don Bruno os lo suplico... continuad con vuestra labor y desempolvad esos documentos... si vos fracasáis yo nunca podré alcanzar la paz.

Don Bruno: No exagere Valdivia... vendrán otros...

Pedro: Don Bruno. ¿Cuántos años lleváis creando este archivo que nadie quiere consultar? Si vuestra merced fallece, pasarán años, siglos quizás, antes de que alguien se interese por mi persona y quiera reconstruir y relatar los episodios de mi vida. Y en el entretanto, esa nueva espera destruirá los documentos que serán presa del tiempo y de la humedad. Ya no habrá forma de saber quién dijo y por qué, cuáles fueron las alianzas que se pactaron, cuáles las delaciones, los juramentos, cuál fue la trama que se tejó para enmarañar mi vida y empujarla hacia su ruina.

Don Bruno: Valdivia... tranquilícese... Sus enemigos hicieron todo por hundirlo pero no lo lograron. ¿Qué más puede querer? Ahora déjeme... yo también espero tener mi momento en la historia. La muerte es cosa seria y no me pillas preparado.

Pedro: Sea vuestra merced razonable, tenéis una labor que cumplir, no podéis dejarla pendiente. Ya no habrá otra oportunidad, debéis creedme. Un hombre debe cumplir con su deber mientras goza de la vida. Luego sólo quedan las nostalgias...

Don Bruno: Está bien, Valdivia, ¿qué es lo que lo atormenta? ¿Qué más quiere saber?

Pedro: Todo.

Don Bruno: Todo es demasiado, déjeme tranquilo.

Pedro: ¿Por qué su majestad jamás contestó a mis cartas?

Don Bruno: No lo sé...

Pedro: ¿Quedó el presidente La Gasca convencido de mi inocencia? ¿Encontró vuestra merced alguna carta de su señoría?

Don Bruno: Sí.

Pedro: ¡Canalla! ¡Y no me lo habíais dicho! Y en esas cartas, ¿hablaba de mí?

Don Bruno: Sí. Informó que usted no había mandado a matar a Pedro Sancho de Hoz y que no había tenido nada que ver en ello. Informó también que los ahorros y los caballos que les había robado a los castellanos habían sido para enviar por socorro y servir en las guerras del Perú.

Pedro: ¡Yo no los robé! ¡Los tomé prestados!

Don Bruno: Ah Valdivia... déjeme en paz. Quisiera concentrarme en mis propios recuerdos.

Pedro: Don Bruno, no seáis malito... decidme... ¿qué más decía de mí?

Don Bruno: Que aunque era cierto que había mandado a matar a algunos españoles lo había hecho porque se habían rebelado. Entendió perfectamente que entre la banda de aventureros que ustedes eran no se pudieran tolerar alborotos...

Pedro: ¿Y me recomendó en la Corte?

Don Bruno: No pues, no pida tanto. A los curas no les gustan los enredos con mujeres.

Pedro: Ya os he dicho que en lo que toca a Inés Suárez yo vine a estas tierras de Chile con licencia del marqués y yo la recogí en mi casa para servirme de ella por ser mujer honrada para que se hiciese cargo de mi servicio y limpieza y me cuidara en mis enfermedades. Pero en mi solar tenía aposento aparte....

Don Bruno: A mí no tiene para qué mentirme, Valdivia, yo no soy su juez, a mí me da lo mismo que usted estuviera ligado a doña Inés por los vínculos del amor. Eso yo puedo comprenderlo.

Pedro: ¡Amor! Pero, ¿qué significa esa palabra! Un conquistador no está para enamorarse, don Bruno. Su merced me ofende.

Don Bruno: Ah... Valdivia... ¿Por qué no puede darme reposo? No me encuentro bien... He pasado mi vida buscando, ordenando el Archivo, leyendo las actas de cabildos que se constituían y se corregían incesantemente, cuentas en las que todos se debían y se justificaban ante el rey, cartas de recomendación en las que todos mentían, contratos que no cumplían, juicios que se hacían los unos a los otros llevados por el miedo y por el hambre insaciable del poder... y usted no fue de los peores y reconozco que por años lo he admirado... pero ¿qué sentido tiene seguir mintiendo? Yo no voy a ser el agente de su vanidad... Yo he buscado su

verdad, Valdivia... detrás de estos papeles he buscado al hombre que usted fue... Le he dedicado mi vida, Valdivia, déjeme a mí la muerte.

Se escuchan gritos, lamentos, maldiciones, golpes de batalla, gritos de guerra mapuches. Don Bruno cae. Valdivia desaparece.

2. El pasado. Septiembre de 1541.

Entra Inés en cota de malla y Rodrigo de Quiroga, capitán.

Inés: ¡Indios culiados! ¡Miserables! ¡Han herido al licenciado!... ¡Venid!, ¡ayudadme! Que no pueden los heridos permanecer aquí en la plaza, los bárbaros caen por miles sobre nosotros. Buscad un sitio al abrigo de sus piedras y de sus flechas emponzoñadas.

Don Bruno: Dejadme morir, doña Inés, atended a los más mozos...

Inés: Ya os llegará vuestra hora licenciado, ahora todos debemos combatir. La situación es extrema. Los indios nos embaten de a caballo cuando hace unos meses ni siquiera los conocían. Los de a pie se parapetaron detrás de las palizadas que cercaban nuestros solares y avanzan detrás de ellas al mismo tiempo atacando que protegiéndose. Nuestras balas parecen no alcanzarlos. ¡Dios mío, si tan sólo pelearan como cristianos! ¡Esas horribles invocaciones al demonio que no cesan de proferir! ¡Esos alaridos que enloquecen! (Inés abre la chaqueta y camisa de don Bruno). Licenciado, ¿qué tenéis? ¿Cuáles son vuestras heridas?

Don Bruno: El corazón, doña Inés... mi corazón desfallece... son demasiados los trabajos que ha sufrido mi vejez.

Rodrigo: Señora corred. Los bárbaros han prendido fuego a las habitaciones y sementeras. Todo arde con gran rapidez.

Inés: Bárbaros, miserables. Resistid licenciado que no podemos ocuparnos de vos. Que Dios os proteja y os guarde. Y que el apóstol Santiago nos proteja a todos.

Rodrigo: Estando los cincuenta españoles de la ciudad de Santiago con las armas en las manos esperando a los enemigos, veis aquí cuando un domingo once de septiembre de 1541, tres horas antes del día, llegaron sobre la ciudad los indios de guerra repartidos en cuatro escuadrones para derribar por tierra las paredes y quitar las vidas a las personas. Y aunque la multitud de bárbaros y el orden y disposición de las compañías, el pavor de los alaridos y la oscuridad de la noche eran todos motivos para atemorizar a los ciudadanos, con todo eso no hubo hombre entre nosotros que desmayase, antes, mostrando un valor invencible peleamos todos con lanza y adarga, dando y recibiendo heridas por todo aquel espacio de tiempo que duró la oscuridad de la noche.

Mas como empezase a salir la aurora y anduviese la batalla muy sangrienta, comenzaron los siete caciques que estaban presos a dar voces a los suyos para que los socorrieran y los libertaran.

Oyó esas voces doña Inés Suárez que estaba en la misma casa y tomando una espada se fue determinadamente sobre ellos y dijo a los dos hombres que los guardaban que los matasen antes de que fueran socorridos por los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror que con bríos para cortar cabezas, señora ¿de qué manera los tengo yo de matar? Respondió ella, desta manera. Y desvainando la espada mató a todos con tan varonil ánimo como si fuera un Roldán o Cid Campeador.

Habiendo pues esta señora quitado las vidas a los caciques, dijo a los soldados que sacaran los cuerpos a la plaza para que viéndolos así los demás indios cobrasen temor de los españoles. Esto se puso en ejecución, saliendo los dos soldados a pelear en la batalla, la cual duró gran parte del día, corriendo siempre sangre por las heridas que se recibían de ambos bandos.

Viendo doña Inés Suárez que el negocio iba de rota barrida y que se iba declarando la victoria de los indios, echó sobre sus hombros una cota de malla y desta manera salió a la plaza y se puso delante de todos los soldados animádonos con palabras de tanta ponderación, que eran más de un valeroso capitán hecho a las armas que de una mujer ejercitada en su almohadilla.

Y juntamente nos dijo que si alguno se sentía fatigado de las heridas acudiese a ella a ser curado por su mano, a lo cual concurrieron algunos, a quienes curaba como mejor podía, casi siempre entre los pies de los caballos; y en acabando de curarlos, les persuadía y animaba a meterse de nuevo en la batalla para dar socorro a los demás que andaban en ella y ya desfallecían.

3. En la noche. Doña Inés envuelta en mantas junto a un fuego. Una imagen de la virgen.

Inés: Santiago ha sido devastado. No hay casa ni habitación que se haya salvado del incendio. Los castellanos vamos en cueros resistiendo el frío y la vergüenza. No tenemos donde dormir, las cenizas hieren nuestros ojos. Los soldados me llaman... ya no tengo trapos limpios ni agua fresca para curar sus heridas... ¡que siga el lamento y el hambre!... Nuestras bodegas fueron destruidas y los indios arrasaron también con sus propias siembras. Miseria... cómo me duelen los huesos... y el gobernador que no regresa... Dios mío conservadle con vida... atajad las lanzas de los bárbaros y permitid que nos regresemos al Perú... Hace frío... La batalla me ha envejecido. No seré capaz de cabalgar más de dos jornadas. Santísima Virgen haz que regrese el gobernador.

Pedro: El gobernador ha regresado.

Inés: Señor...

Pedro: Señora...

Inés: ¿Habéis visto, mi señor? No nos queda nada...

Pedro: Habéis sido valiente...

Inés: A polvo... menos que a polvo ha sido reducida nuestra vida...

Pedro: Mi dueña...

Inés: ¿Habéis visto nuestro solar?... Los almácigos... las sementeras... los arbolitos... la mesa bajo las viñas en las que solíamos comer... las fuentes... las cazuelas... las mantas que os tejí... los hilos que había conseguido hacerme traer de Holanda... los confites de albaricoques que nos quedaban del verano... todo... todo ha sido consumido por el fuego... ¿lo habéis visto?

Pedro: Mi niña...

Inés: ¿Habéis visto en cenizas todo nuestro esfuerzo? Hemos sido vencidos, mi señor. Nada queda de nuestro hogar. Hemos fracasado. Sólo nos queda el regreso.

Pedro: No podemos regresar. Cuando vinimos a estas tierras fue para avecindarnos en ellas.

Inés: Los bárbaros caerán sobre nosotros una y otra vez. Arrasarán nuestra ciudad.

Pedro: La reconstruiremos. Levantaremos un nuevo fuerte. Haremos nuevas sementeras, plantaremos naranjas, limas, limones, cidras, hortalizas y todo género de legumbres y flores, lirios, azucenas, claveles y todo género de yerbas que traeremos de España. No habrá otro lugar en el mundo más deleitable. Será gloria andar de huerta en huerta entre frutales y pasear por los campos verdes, porque no hay otra tierra con tantas ventajas ni con tanta fertilidad y abundancia.

Inés: Han destruido también las porquerizas y los gallineros. Las plumas ensangrentadas se adherían a nuestras ropas. Sólo he logrado salvar este pollo y esta polluela.

Pedro: Serán suficientes. Ahora que viene el verano será muy fácil la crianza. Los puercos serán más grandes que en España, y habrá pollo para todos los domingos.

Inés: ¿Y las habitaciones?

Pedro: Tomaremos los robles y muchos cipreses y laureles, y otras muchas especies de madera que hay en las riberas de los ríos y construiremos habitaciones cómodas para el vivir y el amar. Señora mía, no existe un lugar en

el mundo mejor que aquél donde podamos vivir el uno junto al otro, libres, al abrigo de las murmuraciones.

Inés: Tengo miedo, mi señor.

Pedro: En el Cuzco habría yo de visitaros a hurtadillas, embozado como un criminal. Este es nuestro reino. La ciudad de Santiago de Nueva Extremadura ha sido destruida y se encuentra sepultada entre cenizas... Pero mañana caerán las lluvias y aparecerá el cielo y veremos la cordillera nevada y saldremos a recorrer los campos y a seguir los senderos y las orillas de los ríos hechas vergeles de arrayán, de albahaca y de rosas y de otras varias yerbas y flores que vos sabéis que en septiembre el reino de Chile está hecho unos jardines.

Inés: Será como vos decís.

4. Don Bruno se levanta entre visiones.

Don Bruno: Santos cielos, ¡las actas del Cabildo!, ¿dónde las dejé? ¡Dios mío, las he perdido!, las traía conmigo... había conseguido guardarlas en el cofre de las tres llaves... dónde están... cuando caí... el fuego... el fuego... las llamas que crecían y arrasaban con todo... ¡No! Las actas fueron destruidas por el incendio... las cartas... las provisiones... los nombramientos... Santo cielo... debo hacer algo... debo ser capaz de recuperar al menos lo esencial... debo recordar el acta de fundación, debo rescribirla... ¿Cuándo fue? ¿Quiénes fueron los alcaldes, los regidores?... No tengo papel... que su señoría mande a que traigan papel desde el Perú, que no puedo llevar la memoria de la ciudad en esos viejos cueros de oveja, que me los comen los perros... necesito un libro grande... papel limpio, papel blanco para llevar nuestra historia... Dios mío, no me siento bien. Que alguien me ayude... que siento que me pierdo entre los siglos y temo por mi razón...

5. Tres años después.

Juan (clérigo), Diego y Antonio, el recién llegado que tiene un instrumento de cuerdas.

Juan: Y ésta que veis es la plaza. Y aquélla la iglesia que estamos levantando. Y aquéllas las casas del gobernador donde funciona la cárcel y el Cabildo. En varias cuadras están los solares de los vecinos...

Antonio: Ya veo...

Juan: Y en aquel cerro que llamamos de Santa Lucía está el fuerte. Por esto cuando haya grito de indios, habéis de recogeros en el fuerte con el servicio y allí estaréis seguros encerrados y bien guardados.

Antonio: Muy bien.

Diego: Eso es importante, que hace dos años se nos vino encima el Michimalongo ése y no querríais ver lo que fue aquello...

Antonio: Está bien, he comprendido.

Juan: Si os plantáis en cualquier punto del reino con la mano derecha hacia la cordillera sabréis que adelante tenéis el norte. Jamás os perderéis porque Chile es como la vaina de una espada, angosta y larga.

Antonio: Poquita cosa, ¿no? No habéis levantado grandes edificios.

Diego: Ya os he dicho que los que teníamos nos los han quemado. Los indios se resisten a vivir como la gente.

Juan: ¡Pero no!, ¡mirad bien la iglesia! Cuando vimos la ciudad quemada nos abocamos a reconstruirla, a hacer adobes, a asentarlos, a traer la paja, a levantar los muros. ¡Y ya veis como va luciendo para la gloria de Dios!

Diego: ... y desde entonces que no dormimos guardando las sementeras de los indios que no las vengán a arrancar y guardando los yanaconas que no los maten y guardando la ciudad que no la quemen...

Antonio: Sufrís muchos trabajos por lo que veo. Vivís en una permanente guerra.

Diego: La guerra es cosa de soldados y eso me va muy bien, pero venga con construir, con hacer sementeras, que se nos pasan los días y hasta las noches en arar y sembrar en recoger y talar como gañanes. Valdivia más parece un hacendado que un soldado de Su Majestad.

Antonio: ¿Trabajáis la tierra?

Diego: ¡Que sí!

Antonio: ¡Pero eso no puede ser! Que eso ya lo hacía yo en Castilla que la he dejado.

Diego: Eso es lo que uno se dice mientras se afana, que yo me vine a América para hacerme rico, que no para reventar en el campo como mis padres.

Antonio: Eso, digo.

Juan: Lo mismo digo, pero las cosas son como son.

Diego: Ayer noche me dijo mi mujer, que me la trajo Monroy desde el Perú, que si no me das veinte indias para mi servicio, como se usa en las colonias del nuevo mundo, yo me regreso.

Juan: ¡Pero cómo! ¿Veinte indias sólo para ella?

Diego: Que eso es lo que yo le he explicado, que los naturales de Chile no son como los demás, que se arranque de la cabeza aquello de compararse con su hermana que está de gran dama en el Perú, que aquí las cosas son diferentes.

Antonio: Yo me regreso para España, ya me vine a Guatemala y no toqué nada, me vine para el Perú y no toqué nada, y aquí en Chile bien parece que no hay nada que tocar.

Diego: No os podéis volver, habéis firmado. El gobernador lo tiene prohibido, que si os pillan con esas ideas, os hacen un juicio por alborotar y os ahorcan.

Juan: Es normal. No podemos despoblar la tierra.

Antonio: Entonces, que Valdivia dé la orden de conquistar, que rompamos contra los indios, que en esta ciudad no hay mujeres, ni entretenciones, ni juegos, ni toros, ni gallos, ni regocijos de ninguna especie. Alonso de Monroy nos enroló con engaños, llevaba sus caballos con herrajes y clavos de oro, y de oro los estribos y los pomos y las guarniciones de las espadas y de oro las colleras de los cuellos, cuando él sabía que aquí en esta tierra no había nada de nada.

Juan: Eso no lo sabemos todavía. Valdivia está organizando una nueva expedición. Las riquezas están en el sur al decir de los naturales.

Diego: Plugiera al cielo...

Antonio: Roguemos que así sea...

Juan: ¡Pero no os desaniméis que tenemos buena caza! Encontraréis perdices y patos y carneros salvajes donde uno tiene tanta carne como en una ternera. ¡Vamos! En el reino de Chile podéis comer los asados más deliciosos...

Diego: Aquello es verdad, tenemos una gran variedad de especies sabrosas... esos guanacos... ya los gustaréis...

Se escucha una campana. Antonio desenvaina la espada.

Antonio: ¿Y eso qué fue?, ¿se nos vienen encima los indios?

Juan: No, están tocando a silencio. Los vecinos se repliegan a sus casas.

Antonio: ¿Tenéis toque de queda?

Juan: Sí... mas ya os acostumbraréis...

Antonio: ¿Con que así las cosas de Chile?

Diego: Así las cosas, su merced.

Antonio interpreta una triste melodía.

Pasa el tiempo.

6. 15 de julio de 1546. La casa de Valdivia.

En la casa de Valdivia. Una mañana de invierno. Afuera llueve copiosamente. Valdivia se viste.

Inés: ¿Sentís la lluvia?

Pedro: Sí.

Inés: No debierais salir... venid... quedaos conmigo encerrados como los osos...

Pedro: Qué decís, doña Inés.

Inés: Un día. Un solo día para olvidarnos de todo, quedarnos en la casa y comer sopaipillas.

Pedro: Vuestra merced es una niña y yo tengo obligaciones.

Inés: Sí, tenéis la obligación de andar serio y enojado.

Pedro: Tengo preocupaciones, Inés.

Inés: Supongo que sí.

Pedro: Asuntos de la conquista y del gobierno.

Inés: Ya lo creo, mi señor. Pero yo quisiera que un día pudiéramos vivir libremente.

Pedro: Vuestra merced no pida más... No podemos olvidarnos de quiénes somos y vivir como salvajes.

Inés: Un día de pereza no os convierte en un salvaje, gobernador... Venid... hay algo que me debéis...

Pedro: Será sólo un momento...

Inés: Un momento puede ser infinito y vos lo sabéis.

Pedro: Sí...

Inés lo abraza. Valdivia se deja llevar. Se besan. Se escuchan golpes en la puerta.

Inés: ¿Quién podrá ser a estas horas? ¿Tenéis Cabildo?

Pedro: Sí, pero nos hemos dado cita para después de la misa.

Inés: Es extraño, está tan oscuro. Señores... entrad.

Entran don Bruno y Diego estilando agua bajo unas gruesas capas.

Inés: El gobernador no os esperaba tan temprano... pero venid, acercaos al fuego... la mañana está muy helada, y estas lluvias... Dios quiera que el río no desborde este año, no ha parado de llover en ningún momento... Los campos anegados y los pantanos intransitables... ¿vuestra salud, licenciado?

Don Bruno: La salud bien, doña Inés... confundido... tal vez algo cansado...

Pedro: ¿Y qué os trae por mi casa? ¿Habéis descubierto alguna nueva conspiración? La horca aún no ha sido retirada de la plaza.

Inés: Pedro...

Don Bruno: No, su merced... no lo permita el cielo...

Pedro: Una broma es una broma licenciado... Venga, vamos, hablad si a eso habéis venido que estamos en confianza...

Doña Inés se retira a segundo plano.

Don Bruno: El asunto que nos ha traído es sencillo... venimos a presentaros un memorial o un requerimiento, si prefiere llamarlo así vuestra merced...

Pedro: ¿Un requerimiento del Cabildo?

Don Bruno: Sí.

Pedro: ¿Os reunís a mis espaldas?

Don Bruno: Sólo para redactar esta petición.

Diego: Los castellanos no están contentos...

Pedro: Hablad por vos mismo, capitán... tal vez vos no estéis contento... os han escuchado últimamente.

Diego: Su señoría, los vecinos de la ciudad solicitamos en este memorial la reforma radical y completa del actual estado de cosas.

Pedro: ¿A cuáles cosas os referís?

Diego: Los repartimientos que habéis hecho son tan pequeños y de tan pocos indios que los vecinos no podemos sustentar las armas y los caballos y las casas honradamente. ¡Hay algunos de sólo treinta indios!...

Pedro: ¿Y de dónde quieren vuestras mercedes que disponga y entregue más indios si no los hay en esta tierra?

Don Bruno: Hemos acordado pedir a vuestra merced que ensanche los límites de la provincia de Santiago.

Diego: Y que aumente los repartimientos para satisfacer y dar de comer a los que en estos reinos han servido a Dios y a su Majestad, pues consta que en todas partes donde se han repartido indios se dan los términos más largos que en esta ciudad. Los indios que tenemos no nos alcanzan para el trabajo agrícola y el de los lavaderos. No vivimos en este reino como es uso y costumbre en estas partes de Indias.

Pedro: (a don Bruno) ¿Eso es todo, señor procurador?

Don Bruno: También se presentan las solicitudes de permiso para construir dos molinos de trigo.

Pedro: Por los molinos está bien, que los construyan y los trabajen. Por lo demás, lo pensaré.

Don Bruno: Valdivia, tenga cuidado... sea prudente... no ordene lo que está pensando.

Pedro: ¿Qué decís licenciado? ¿Cómo podéis saber lo que yo estoy pensando?

Don Bruno: Acuérdesse de sus dudas, de sus preocupaciones... después se va a estar preguntando cómo fue que las cosas se le enredaron...

Pedro: ¿Cómo os atrevéis a hablarme de este modo?

Don Bruno: Perdonadme señor gobernador... he tenido malos sueños... he visto a vuestra merced vagar por el tiempo sin reposo haciéndome preguntas que no alcanzo a comprender y que sin embargo me hieren... su merced construye un futuro que no ve, un país que no imagina... no deje que le arrebaten las ilusiones... sepa vuestra merced que lo que hace es importante... sacúdase de las intrigas... construya con la perspectiva del tiempo y todo le va a resultar bien.

Pedro: Conquistar y cristianizar en nombre de su Majestad, bien sé lo que es importante, no necesito que vuestra merced me lo diga.

Don Bruno: Disculpe, su señoría... no sé lo que digo... Sufro de una extraña lucidez... Me he soñado a mí mismo en una búsqueda inquietante y necesito dejar las huellas que me permitan encontrarme luego cuando pasen los años, cuando el tiempo nos atrape de nuevo y necesitemos reconstruir nuestra historia...

Pedro: Debéis descansar, es evidente... he escrito a su Majestad pidiéndole que nos despache abogados, notarios, hombres de letras. Pronto vuestra merced podrá retirarse...

Don Bruno: Disculpadme, su señoría... no he dormido bien, eso es todo... Pero sea prudente... la gloria de hoy no durará para siempre...

Don Bruno y Diego se retiran.

Pedro: Ese hombre está loco, me pregunto qué otras cosas va diciendo por ahí...

Inés: Perdonadlo, mi señor... sólo está viejo y cansado.

Pedro: Quiera su Majestad enviarnos funcionarios reales para la administración. Ésta es una manga de ignorantes. Los soldados que son necesarios para romper contra los indios no sirven para fundar nuevas ciudades, ni siquiera saben leer... perdonadme no os quise ofender...

Inés: No me ofendéis, mi señor, me siento capaz de enfrentar la lectura. No fui educada, pero tengo buena cabeza. Tal vez encuentre quien me enseñe en estos meses de frío y de lluvia.

7. Negro Domingo: (Pregonando) En la ciudad de Santiago, a 25 días del mes de julio del año de 1546, declara el muy magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitán general de Su Majestad de este Nuevo Extremo que, considerando el requerimiento expreso del Cabildo en vistas a ensanchar las encomiendas y repartimientos de indios, ha resuelto que quedan nulas las primeras concesiones hechas en esta provincia a 60 encomenderos y establece

que desde el día de hoy sólo tienen valor las 32 que ahora hace: Al capitán Alonso de Monroy, a doña Inés Suárez, al maestre de campo Francisco de Villagrán, al capitán Juan Bautista Pastene, a Rodrigo Gonzalez Marmolejo, clérigo, a Juan Lobo, clérigo, al capitán Francisco de Aguirre, a Pedro Gómez de don Benito, a Rodrigo de Araya, a Juan Fernández Alderete, a Jerónimo de Alderete, a Pedro de Villagrán, a Juan Jufré, a Gaspar de Villarroel, al alguacil Juan Gómez, a Alonso de Córdoba, a Rodrigo de Quiroga, a Gonzalo de los Ríos, a Pedro de Miranda, a Diego García de Cáceres, a Juan de Cuevas, a Gabriel de la Cruz, a Bartolomé Flores, a Salvador de Montoya, a Gaspar de Vergara, a Juan Godínez, a Francisco Riberos, a Marcos Veas, a Francisco Martínez Vegazo, a Diego García de Villalón, a Alonso de Escobar y a Juan Gallego.

El señor gobernador guarda para sí el repartimiento que se había dado con unos mil quinientos indios. Asimismo establece que a todos los que se le han quitado sus repartimientos, se les dará cuatro veces en lo de adelante, 45 leguas al sur, pues es tierra que luego se habrá de conquistar y poblar.

Diego: ¡Maldición mujer!... nos han robado nuestros indios. Valdivia me ha quitado mi repartimiento.

8. En las cercanías del Bíobío. Gritos de guerra, lanzas, caballos. Maldiciones de españoles. Pedro de Valdivia, Rodrigo de Quiroga y Antonio entran a escena después de la batalla, cansados y sangrientos.

Pedro: ¡Haced descansar los caballos que en esta llanura pasaremos la noche! ¡Atended los heridos!, ¡recuperad las fuerzas como mejor podáis! ¡Maldición! Estos aucas se abalanzan como bestias sobre nosotros, ¿qué demonio los protege? ¿Cuántos hombres hemos perdido?

Antonio: Dos, su merced. Pero a uno de ellos lo mataron nuestras propias armas por culpa de su gran estatura.

Pedro: ¡Sólo aquello nos faltaba! ¿Nadie os ha enseñado a apuntar contra el enemigo?

Antonio: Guerrear contra los bárbaros es diferente, su merced. Embaten a ciegas, sin orden ni concierto, embravecidos con sus gritos.

Pedro: Eso ya lo sé, pero no he luchado yo contra los franceses para verme sorprendido por un ejército de salvajes. ¿Cuántos eran, Rodrigo? Más de seis mil bárbaros que se nos venían encima, sin darnos tiempo de respirar. ¡Si tan solo su Majestad pudiera verlo! Miles de bárbaros que debíamos repartir y hacer trabajar en las haciendas y en las minas. Porque aquí están las riquezas del reino, Rodrigo, bien se puede sentir la fuerza de los metales, fraguada al calor subterráneo de la tierra. Maldición, necesitamos más soldados. Si pudiéramos levantar faenas nos hartaríamos de oro, tan fácilmente como los gañanes se

hartan de aquellas frutillas que crecen en los bosques. ¿Veis aquella bahía bien protegida?

Rodrigo: Sí, señor.

Pedro: Ahí fundaré la ciudad de la Santísima Concepción. (Escucha el silencio) ¿Habrán huido realmente o estarán agazapados detrás de la arbolezca? ¿Qué ruido es ése? ¿Qué hacéis con ese muchacho?

Diego: (Entrando con un muchacho) Encontramos a este mozo merodeando los caballos.

Pedro: Dejadlo ir.

Diego: Su señoría...

Pedro: Os digo que lo dejéis. Anda vamos, corre, piérdete en el bosque y cuenta a tus pillanes que Valdivia es un hombre de bien y un buen cristiano.

Lautaro no se va. Diego lo empuja.

Diego: Vamos, obedece si no quieres sentir el filo de mi espada.

Pedro: Os dijo que lo dejéis libre. Si no se quiere ir, que se quede. (Lautaro no se mueve). Tu nombre.

Lautaro: Lautaro.

Pedro: Te llamaremos Alonso. (Lautaro no se mueve). Este silencio... no me gusta este silencio...

Rodrigo: Intente descansar, vuestra merced. Nosotros haremos la guardia.

Pedro: Regresaremos a Santiago. Ordenaréis la retirada. No quiero preguntas. Dejad encendidos los fuegos. Tomaremos por la costa. Sólo cuando hayamos cruzado el Maule estaremos a salvo. Bien sabéis que nunca he sido cobarde.

Rodrigo: Lo sabemos vuestra merced.

Pedro: Volveremos con refuerzos. Setenta cristianos no bastan para someter a esta gente. (Al muchacho) ¡Y tú! ¡Te harás cargo de mis caballos!

Valdivia se retira.

Rodrigo: (a Diego) Alistad vuestra gente. Nos regresamos para Santiago.

Diego: ¡Cobarde! ¡Maldito sea! Dejemos que se regrese solo.

Rodrigo: Silencio. No os permito que habléis de ese modo.

Diego: Hablo como un hombre que no se resigna a la miseria. Quedémonos capitán, fundemos una ciudad en el nombre del rey y sometamos a los bárbaros. Una tierra poblada hace una buena hacienda.

Rodrigo: Antes habría que vencer y hoy no hemos vencido. Obedeced y ordenad la retirada. Yo olvidaré cuantas malicias habéis dicho.

Salen. Lautaro queda en escena. A partir de este momento, se transforma en una presencia silenciosa que lo observa todo.

Pasa el tiempo.

9. Septiembre 1547. Juan, Diego y luego Antonio. (Un año y medio después)

Diego: (Agitado) Padre Juan. He visto llegar por el norte unos jinetes venidos del otro mundo. Traían una tropilla de yeguas flacas y sus ropas hechas jirones.

Juan: Es verdad. Han llegado en grande miseria.

Diego: ¿Pero quiénes son? ¿Qué les ha ocurrido?

Juan: Son de los que Valdivia mandó por refuerzos hace unos años... El capitán que los comandaba se rebeló y los robó, dicen que destruyó las cartas dirigidas al Rey y los dejó desamparados frente a los indios.

Diego: ¡Maldita sea! Entonces no llegarán los socorros que esperábamos. (Escupe) Seguiremos encerrados en esta comarca sin poder embestirla contra los indios del sur. ¡Y vos habéis visto la grosedad de esa tierra!

Juan: No debierais maldecir que ya sabéis que es pecado. Valdivia mandará por refuerzos a alguno de sus principales.

Diego: ¿A quién? ¿Quién querrá partir ahora?

Juan: Han mencionado a Alderete y a Villagrán. (Intrigante) Les ha entregado poderes para levantar bandera de enganche y contraer deudas en su nombre. Espera que puedan traer cuatrocientos soldados. Se discutió en el cabildo y me lo ha comentado...

Llega Antonio.

Antonio: (Feliz) ¿Qué no sabéis la noticia? Valdivia ha levantado la prohibición. Yo me regreso hacia el Perú.

Diego: (Desconfiado) ¿Valdivia ha dado licencia para salir? ¿Y por qué?

Antonio: Pues no lo sé, ni se lo he preguntado. (Se ríe de su broma) Dijo que el que quisiera, saliera juntamente con los mercaderes que están de partida, que el oro que lleváramos haría venir a Chile a muchos soldados y de este modo lo acreditábamos.

Juan: ¿Y de qué modo os iréis? Ya conocéis los tormentos que sufren los animales al atravesar el desierto.

Antonio: Pues no iremos de a caballo, nos embarcamos con Pastene. Valdivia hizo traer el navío. Y nos va pagar más de cien pesos por cada bestia que dejemos en el puerto.

Diego: Entonces, ¿cada cual podrá llevar su oro?

Antonio: ¡Eso es lo que os digo! ¡He visto a muchos desenterrando los dineros que tenían ahorrado!

Diego: ¿Y para cuándo es el viaje?

Juan: (Sorprendido) ¿Estáis pensando en partir? ¿Y la hacienda que soñabais levantar en el sur?

Antonio: (De buen ánimo, tomándolo por los hombros para salir) Capitán, venid con nosotros. Ya veréis que en la ciudad del Cuzco encontrareis vuestra mujer que no habrá podido llegar más lejos.

Juan: (Enojado) ¡Eso! ¡Id tras ella como un borrego!, ¡idos todos y desamparad la tierra! ¡Dejadme solo al cuidado de la Iglesia, que para cuando lo vean los indios, nos caigan encima y nos den la muerte!

10. 4 de diciembre de 1547. El Cabildo de Santiago. Valdivia escribe unas cartas. Entra Inés con un plato de comida.

Inés: Gobernador...

Pedro: Ya os he dicho que en privado no necesitáis llamarme así.

Inés: Perdonadme. (Valdivia sigue en lo suyo. Inés espera). Os he traído de comer...

Pedro: Dejadlo doña Inés. No me apetece. Gracias.

Silencio.

Pedro: Entonces...

Inés: La gente murmura... nadie sabe lo que se propone hacer vuestra merced.

Pedro: Doña Inés, hasta cuándo prestáis oído a las murmuraciones. Os he pedido mil veces que os quedéis en casa.

Inés: Pedro...

Pedro: Un hombre tiene derecho a su silencio. No puede su mujer andar en conversaciones en la plaza dando fe a las palabras de sus enemigos. Vos debéis confiar en mí.

Inés: Confío, vuestra merced.

Pedro: Decís confío pero seguís observando cada uno de mis movimientos. No podéis ocultar vuestra sospecha.

Inés: Lo que vos llamáis sospecha no es más que preocupación. Vuestra merced, os lo ruego... hay algo que debo saber. Desde que llegó Pastene del Perú vivís encerrado en reuniones. Lleváis días sin comer y sin hablar. ¿Tan malas son las noticias del Perú?

Pedro: Tan malas como que los indios del Bíobío se mantienen en armas.

Inés: ¡Pero dejad en paz a esos indios! ¡No pensáis más que en conquistar esas tierras araucanas!

Pedro: Son tierras ricas, ¿no os basta esa razón?

Inés: No.

Pedro: Intentad comprender. Los castellanos están descontentos, necesitan una guerra. Veo en sus ojos el brillo de la revuelta. Tengo que avanzar y ocupar el territorio. Necesito hombres y busco la forma de hacerlos venir.

Inés: Pero entonces, ¿por qué habéis levantado la prohibición de salir? Muchos hombres parten a Valparaíso para embarcarse llevándose sus dineros, ¿por qué?

Entra don Bruno y observa la escena.

Pedro: No os puedo contestar.

Inés: ¡Dios mío! Ya no reconozco a vuestra merced.

Pedro: Y os pido que os guardéis de andar chismoseando como una fregona.

Inés: ¿A dónde vais, mi señor? Decidme al menos eso...

Pedro: (Enojado) Os digo que me dejéis tranquilo, no tengo por qué daros explicaciones. Mantened vuestro lugar.

Don Bruno: Déjelo, doña Inés. Déjelo que se precipite a su desgracia.

Pedro: Ya estáis de nuevo aquí licenciado.

Don Bruno: (A Inés) El gobernador quiere tomar los dineros de todos y embarcarse hacia el Perú.

Pedro: (Se le va encima) ¿Qué decís traidor?

Don Bruno: (En sottovoce) Aún es tiempo para usted, Valdivia, no vaya. Robar a los castellanos sólo va a traerle problemas.

Pedro: ¡Os prohíbo pájaro de mal agüero! ¿No habéis oído las noticias del Perú? Los hermanos Pizarro se han rebelado contra la corona. Nuestra situación es muy delicada. Vinimos a estas tierras con licencia de un marqués que ahora dicen que está muerto. ¡Es muy fácil dar consejos! Pero en estas guerras podemos perderlo todo. Debo dar mostrar mi lealtad al Rey para no verme arrastrado por la derrota de aquellos que me enviaron aquí.

Inés: Entonces, ¿es cierto? ¿Abandonáis el reino de Chile? ¿Es eso lo que os proponéis hacer?

Valdivia no contesta. Toma los documentos que ha estado escribiendo y los mete en un morral.

Don Bruno: ¿Qué lleváis en el morral? ¡Entregadme esos documentos! ¡No podéis tomar lo que es del Cabildo! ¡Hay que guardar los documentos!

Pedro: No os atreváis a acercaros, licenciado.

Don Bruno: Ellos no van a perdonárselo, Valdivia. Le harán un juicio. Que dio garrote a un soldado. Que ahorcó a Juan Ruiz sin confesión. Que prendió a Pedro Sancho y le hizo ahorcar. Que repartió la tierra a quien quiso. Que vive amancebado con una mujer española...

Pedro: ¡Qué decís! ¡Pedro Sancho anda por ahí, más vivo que vos mismo! ¡Dejad de delirar y de entrometeros en mis asuntos!

Bruno: ¡Valdivia, no lo haga! ¡Volverá derrotado!

Valdivia lo enfrenta duro y amenazante. Don Bruno retrocede.

Pedro: Nos os cojo porque estáis senil y tengo prisas. Pero cerrad esa boca si no queréis sentir el rigor de mi justicia.

Inés: Pedro...

Valdivia se detiene un momento frente a Inés, la mira con gran autoridad.

Pedro: Os ruego que recordéis que servimos a Dios y a su Majestad.

Valdivia sale.

Inés: Mi señor...

Don Bruno: No os aflijáis, doña Inés. Conoceréis la fortuna aunque llegue ataviada de desgracia.

11. En el puerto. Sonido del mar. Rodrigo, sentado sobre un banquillo, pesa y toma nota de lo bienes que llevan los castellanos.

Rodrigo: Diego de Maldonado...

Diego: (Pasando una bolsa de oro) Dos saquillos de piedra de oro.

Rodrigo anota. Un indio se lleva las bolsas y las lleva hacia un bote o escalerilla.

Rodrigo: ¿Y qué es eso que lleváis en el morral?

Diego: Veinte monedas de oro.

Rodrigo: Anotadas. Podéis guardarlas. Antonio de García...

Antonio: Capitán, aquí llevo medio de piedras de oro, doce monedas de oro y veinticuatro de plata.

Rodrigo: Está bien, anotado, hacedlas embarcar.

Llega Valdivia con jarras de vino para beber.

Pedro: Vamos señores, he venido a despacharos. Hoy es un día de fiesta para vuestros corazones. Queríais partir y emprender nuevas aventuras. Bien. El momento ha llegado de celebrar. Bebed.

Diego: Gracias gobernador.

Antonio: Agradecemos el honor.

Rodrigo: ¡Salud señores! ¡Y no olvidéis esta tierra donde os recuerdan los amigos!

Diego: Gracias, gracias, os lo agradezco.

Pedro: Sin rencores capitán.

Diego: Que Dios bendiga estas tierras y a sus gobernantes. ¡Salud!

Llega el negro Domingo y le habla a Valdivia al oído.

Domingo: (llamando) Señor gobernador...

Pedro: Permitidme un momento, seguid celebrando. Venid conmigo, Rodrigo.

Salen Valdivia y Rodrigo. Los sigue el negro Domingo.

Diego: Con los dineros embarcados compraré una buena hacienda. Dejaré la espada y comenzaré un negocio.

Antonio: A mi madre le daré la mitad. Que ella determine y disponga. Con lo mío, me regalaré unos meses de reposo, que de Chile ya basta.

Diego: Salud por eso.

Antonio se levanta de un salto mirando el mar.

Antonio: Capitán, mirad hacia la bahía... El barco... ¡santos cielos el barco ha zarpado y nos ha dejado!

Diego: ¡El oro! ¡Nos han robado! ¡Valdivia se ha llevado nuestro dinero!

Antonio: Maldito, miserable.

Diego: Rata repugnante.

Antonio: Avariento, mezquino.

Diego: Infeliz.

Entra Rodrigo, trae unas cartas.

Rodrigo: El gobernador se ha ido. Nos ha dejado la orden de respetar y tener a Francisco de Villagrán por su teniente.
Ha dicho que de sus haciendas paguemos el oro que él se lleva, a cada uno conforme a lo que aparece en el registro.

Diego: Ladrón, perjuró.

Rodrigo: Vamos, capitán, dejad de lamentaros, recuperaréis vuestro dinero.

Antonio comienza a cantar Cata el lobo doña Juanica, cata al lobo doña...

Don Bruno: (Escribiendo) Dio Villagrán la vuelta con brevedad a la ciudad de Santiago, porque la ausencia del gobernador no causase alguna novedad y escándalo. Llegado al pueblo, mandó que se juntase la justicia y regimiento, ante los cuales presentó los recados del gobernador y fue recibido pacíficamente. Pero la paz duró sólo unos días pues parecióle a los partidarios de Pedro Sancho una buena coyuntura para hacer su negocio...

12. 8 de diciembre de 1547.

Diego se acerca sigilosamente a Rodrigo y lo lleva hacia un lado.

Diego: Un muchacho vuestro me ha tomado los cascabeles de un halcón.

Rodrigo: ¿Qué decís?, mi gente jamás sale de caza.

Diego: Venid, vuestra merced, que otra cosa os quiero decir.

Rodrigo: Decid.

Diego: Es tiempo de que mostréis vuestro valor. El pueblo está alborotado y reclama justicia. Todos piensan que Valdivia no es el gobernador legítimo de estas tierras... hemos descubierto que Pedro Sancho de Hoz tiene las provisiones reales para ostentar ese título.

Rodrigo: Eso no es más que el rumor que habéis sembrado. Siempre andas mencionando provisiones que nadie ha visto.

Diego: Hemos hablado con el señor alcalde.

Rodrigo: ¿Y qué os ha dicho?

Diego: Nos ha dicho que si Pedro Sancho se siente agraviado que reclame su justicia. Y es eso lo que queremos hacer. El pueblo tiene confianza en vos, y si os comprometéis en esta causa todos nos han de seguir.

Rodrigo: No lo haré.

Diego: Valdivia debe ser castigado.

Rodrigo: Mirad que lo que decís podría costaros la vida...

Diego: La vida no tiene ningún valor si seguimos condenados en esta tierra miserable. Valdivia nos debe no sólo el oro que nos robó sino el haber confiado en que él era un hombre justo.

Rodrigo: Dejad que el gobernador regrese y ahí podréis presentarle vuestras quejas. No vamos a traicionarlo cuando está en el Perú batiendo su espada al servicio de Su Majestad.

Diego: Hablaré con los demás. Les enseñaré las provisiones. Escribiremos al rey.

Rodrigo: Hacedlo. Yo no creo que Pedro Sancho tenga los poderes para hacerse señor de estas tierras.

Diego: Recordaréis esta plática, capitán. Cuando Valdivia sea vencido lamentaréis el no habernos ayudado.

Y luego ese mismo día, el ocho de diciembre del año de mil quinientos cuarenta y siete, el alguacil mayor desta ciudad, trajo preso a Pedro Sancho de Hoz a la plaza de Santiago donde estaba el señor Francisco de Villagrán y algunos con él armados y otros muchos que concurríamos por las calles en armas sin saber en qué favor veníamos.

El señor teniente mandó atar las manos a Pedro Sancho y le preguntó que qué personas estaban en su favor y que quiénes lo ayudaban en su traición. Yo sentí el corazón apretarse en el pecho pero Pedro Sancho no respondió sino diciendo: Vuestra merced es caballero y haga conmigo como tal.

Entonces, el señor teniente sacó su espada y se la dio a un negro que cortó la cabeza de Pedro Sancho.

Luego, el teniente mandó que se sacase el cuerpo y cabeza de Pedro Sancho de Hoz a la plaza pública de esta ciudad, con pregonero público que manifestase su delito.

Diego abandona la escena huyendo.

Negro Domingo: (con voz de pregonero en voz alta) Esta es la justicia que manda hacer Su Majestad y en su real nombre el magnífico señor Francisco de Villagrán, teniente y capitán general en nombre de su Majestad y del muy magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitán general de estos reinos de la Nueva Extremadura a este hombre por traidor y amotinador contra el real

servicio de Su Majestad mandándole cortar la cabeza por ello, porque a él sea castigo y a otros escarnio. Quien tal hace que tal pague.

Pasa el tiempo

13. Inés en el confesionario.

Inés: Padre, madre, no los recuerdo. El sol sobre los olivares y adentro el calor y el murmullo de las oraciones. De España sólo me queda el encierro. Me embarqué hacia América siguiendo a mi marido pero no lo busqué. Dijeron que estaba muerto. Conocí a Valdivia y comprendí que la libertad era la única forma de alabar a Dios. España no me dio nada. Un refajo, una mantilla, unas medias negras. Pero en estas tierras tuve el cielo y la fuerza para conquistarlo. Antes nunca fui valiente. Ahora que el gobernador no está, vuelvo a encontrarme con mi antigua cobardía. Siempre tuve miedo de la noche. Ahora que el gobernador no está, siento que la noche lo apaga todo y vuelvo a sentir mis antiguos miedos. He sido su amante, lo sé, hemos comido juntos y dormido en la misma cama y me ha gustado hacerlo. Una mujer en España nos sería tan descarada, pero aquí en las Indias todo se ha dado vuelta y entre volcanes y guerras no tuve tiempo de pensar en el pecado. No lo pensé entonces, ahora lo estoy pensado. Ahora siento que me faltan fuerzas y comienzo a dudar. Su amor borraba mi culpa. Desde que el gobernador no está me pregunto qué hago aquí. No me atrevo a enfrentar las miradas de los soldados. No puedo salir a la plaza sin la protección de mi señor. Sonrisas de lengua pesada, balbuceos, risotadas. Yo tropiezo y pierdo el ritmo. Estoy desnuda en esta tierra. Cuando tenía su amor yo podía caminar tranquila, pechos gruesos, piernas fuertes, porque mi cuerpo tenía dueño. Yo podía madurar al sol como una melona. Estoy desnuda en esta tierra. Expuesta a las murmuraciones. M'ijita rica. Cosita. Me he vuelto mala. Lucho por no caer en la tentación de los remedios de Jerónima. Tú gobernador te dejó niña, toma, bebe y repite conmigo. Dios mío, me vuelvo mala. Mala tierra, malas yerbas si no tengo a mi señor. Me pregunto si Dios nos ha olvidado. Y esos ladridos ¡Dios Santo! Santiago se ha llenado de perros.

Llega el padre Juan.

Juan: ¿Me buscabais, doña Inés? ¿Os habéis resuelto a recibir la confesión?

Inés: No, padre Juan. Sí, he venido a hablar con usted... ¿Qué noticias tenéis? ¿Es cierto que el gobernador ha desembarcado en Valparaíso?

Juan: Sí, y hace ya varias semanas.

Inés: Padre Juan... no comprendo... ¿por qué no ha enviado por mí? ¿Por qué nadie me entrega sus cartas? Llegan soldados del Perú que ni siquiera me saludan... necesito saber la verdad.

Juan: Doña Inés, el gobernador está de regreso a una vida que no puede seguir siendo la misma.

Inés: No comprendo.

Juan: Fue tomado prisionero. Se le hicieron acusaciones... debió sufrir un proceso.

Inés: ¡Dios santo!

Juan: Pero será en gran beneficio para vuestra alma. No vivís como cristiana amancebada como las indias.

Inés: Deteneos, padre Juan. Sé muy bien lo que vos pensáis.

Juan: Y lo que fue informado a su Majestad. Hasta un negro sabría distinguir lo correcto de lo incorrecto.

Inés: ¿Por qué decís que su Majestad fue informado? ¿Qué tiene que ver Su Majestad con lo que yo haga o deje de hacer?

Juan: Doña Inés, Valdivia está casado y con una mujer cercana a la corte. Deberá mandarla a buscar.

Inés: Mentís. No queréis sino confundirme. No hacéis más que husmear entre mis calzones. Sé muy bien que Pedro no haría una cosa así. Algo le ha ocurrido, ha estado enfermo. ¿Qué proceso es ése que vos decís? ¿Quién me dirá la verdad? ¡Sois todos unos traidores! No podéis ver al gobernador contento sin que os destilen vuestras ponzoñosas lenguas. ¿Qué pudieran decir en la corte? No os creo ninguna palabra. Aprovecháis que me encuentro en un momento de debilidad para venir con mentiras acerca de mi señor. Valdivia no ha enviado por su esposa ni lo hará. ¡El no va a separarse de mí ni aunque lo obligue el mismísimo rey! (Sale).

Juan: Haríais bien en confesaros.

14. Valdivia frente a Rodrigo. Rodrigo sostiene un documento en pliegos cosidos.

Rodrigo: (Lee) En la ciudad de los Reyes a 19 días del mes de noviembre de 1548, el muy ilustre licenciado La Gasca, del Consejo de Su Majestad, de la Santa Inquisición y presidente de estos reinos y provincias del Perú, ante mí, escribano de Su Majestad y de los testigos que abajo firman, dijo que mandaba y mandó a Pedro de Valdivia gobernador y capitán general por Su Majestad de las provincias de Chile, que no converse inhonestamente con Inés Suárez, ni viva con ella en una casa, ni entre, ni esté con ella en lugar sospechoso, sino que en esto de aquí

en adelante haga de tal manera que cese toda siniestra sospecha de que entre ellos haya carnal participación, y que dentro de los seis meses siguientes después que llegase a la ciudad de Santiago de las provincias de Chile, la case o envíe a estas provincias del Perú para que en ellas viva o se vaya a España o a otras partes, donde ella más quiera.

Que de los indios que la dicha Inés Suárez tiene, disponga y provea a los conquistadores de la forma y manera que él está ordenando.

Que imitando la clemencia que nuestro rey señor natural, perdone todos y cualquier delito criminal que contra él se haya cometido por los españoles que en las provincias de Chile han estado, que no proceda contra ninguno de ellos, ni tenga rencor ni malquerencia por cosas del pasado, ni tome venganza ni deje de remunerar los trabajos de los españoles en el descubrimiento, conquista y sustentación de aquella tierra.

Y ya que alguno de los españoles han dando ocasión a entender que Valdivia no tiene provisión de Su Majestad para aquella gobernación, declaro que de aquí en adelante todos los españoles han de tener y tendrán a Valdivia el respeto y acatamiento que a Gobernador y General de su Rey le deben. En lo que toca...

Pedro: (interrumpiendo) Hasta ahí es lo esencial... lo demás me ordenan ser justo en las reparticiones de indios y otras cosas sin importancia.

Rodrigo: Debéis estar contento, os ha nombrado Gobernador.

Pedro: Así es. Pero he debido pasar por un enojoso proceso. Todas las calumnias me salieron al encuentro. Cincuenta y siete acusaciones y no pudieron demostrar nada. ¡Y quieren que me muestre bondadoso como un padre! (Para que lo oigan) ¡Calumniadores! ¡Desleales! Me han acusado de hereje, de impío, de cruel y de ladrón, pero bien comprendió La Gasca que soy inocente. Todos los cargos resultaron falsos.

Rodrigo: Todos, excepto en lo que toca a doña Inés.

Pedro: Sí, (Pausa) que aquello lo confirmaron hasta mis amigos. (Pausa) Es por eso que os he mandado llamar. (Pausa) Habéis leído la sentencia. O bien caso a doña Inés o bien la expulso de estas tierras de Chile. (Pausa) Vuestra merced comprende lo que intento decir.

Rodrigo: No señor gobernador. No quisiera comprender cosas que luego ofendan a vuestra merced.

Pedro: Habéis comprendido bien. Quiero que os caséis con ella. No puedo despachar a esa pobre mujer de regreso a España. Vos estaréis de acuerdo.

Rodrigo: Sí. Aquí ella tiene sus industrias. En estos reinos ha levantado una hacienda y es reconocida por todos.

Pedro: En España no tiene a nadie.

Rodrigo: Os mandan quitarle sus bienes...

Pedro: Sí, Rodrigo, pero no voy a quitarle nada. Inés se quedará con sus tierras y sus indios que eso no le importará al rey. Pero debo casarla y necesito de vos.

Rodrigo: Señor Gobernador...

Pedro: Esa mujer está perdida, el asunto ha llegado hasta la corte. ¿Adónde podría ir? Sólo en Chile puede conservar su dignidad. Os lo ruego, don Rodrigo, me han dado seis meses y el plazo expira. Yo os entrego a doña Inés con todos sus bienes. Vos solamente le daréis un nombre.

Rodrigo: Vuestra merced me compromete...

Pedro: Ella no os impondrá ningún trabajo. Yo sabré hacerle entender el arreglo al que hemos llegado. ¿Amigos, don Rodrigo?

Rodrigo: No, vuestra merced. Nuestra amistad termina aquí. Ya no acepto vuestras visitas ni vuestras pláticas. Yo mandaré por sus cosas. Si algo ha de hacerse, ha de hacerse seriamente. Este no es un arreglo entre soldados. Hablamos de una mujer honorable y maliciosamente hermosa. Tendrá mi nombre y estará bajo mi cuidado. Vos sois el gobernador, siempre os he respetado y hasta ahora siempre os he obedecido. Pero no permitiré que crucéis una mirada con ella. Hablaré con el padre Pozo. La ceremonia se realizará enseguida. Entrará en mi casa como mi esposa legítima y todos tendrán que verlo.

15. En la casa de Valdivia. Inés recoge sus cosas y la imagen de la Virgen.

Pedro: Debéis comprender... mientras más responsabilidades tiene un hombre menos derecho tiene a su vida. (Inés no responde). No puedo comportarme como un oscuro capitán de campaña. Debo forjarme una posición respetable y vos sabéis que lo nuestro no se ve bien. Los muchos años que le he robado a doña Marina fueron suficientes.

Inés: Doña Marina. Nunca antes la nombrasteis.

Pedro: Pues ha llegado el momento de hacerlo. Aún en este reino del fin del mundo se debe ordenar la vida según son los usos y costumbres en España si quiere ser un señor.

Inés: Os tenía por conquistador.

Pedro: Lo era. Pero ahora debo gobernar. Un hijohidalgo no gasta su reputación en amoríos. Vos quisiste venir y yo estuve de acuerdo. ¿Quién se hubiera negado? No soy un hombre que despida a una mujer cuando ésta se presenta desnuda ante su cama.

Inés: Canalla. Queréis enlodarlo todo para tapiar vuestros remordimientos...

Pedro: Yo no tengo remordimientos. Gozáis de una buena hacienda. Los dineros que invertiste en esta empresa se han multiplicado en estos reinos. Todos hemos ganado. Nada os debo, nada me debéis. (Silencio) Doña Inés, decidme que lo comprendéis.

Inés: No. Vuestra merced sabe bien que no fue por riquezas que vine hasta estas tierras. Vos teníais un sueño y yo os amaba por ese sueño. Y ahora resulta que no fue suficiente. Que Dios me perdone.

Pedro: Doña Inés.

Inés: Callad, os lo ruego. Vuestras razones me resultan humillantes. Yo sé bien lo que os pasó. No pudisteis deteneros. Queríais más, siempre queréis más. Hasta he oído decir que os proponéis obtener el título de marqués.

Pedro: Yo no contaba con tantos enemigos. Jamás pensé que se atreverían a levantar las faldas de vuestra merced y a exponerla del modo que lo han hecho. Debéis casaros, es verdad. En España hubierais recibido un castigo más severo.

Inés: Si vuestros enemigos se han atrevido contra mí es porque vos lo habéis permitido, sois vos que me habéis dejado desnuda en la plaza.

Pedro: Inés...

Inés: Dejadme...

Pedro: He hecho lo que creí que era mi deber. Necesitábamos soldados y yo los fui a buscar, pero no lo hubiera hecho si hubiera sabido... Pero cómo puede un hombre saber donde se esconden los golpes de la fortuna...

Inés: No puede, es verdad. Pero puede distinguir y reconocer la felicidad y respirar en silencio y contemplar y buscar el sosiego de un abrazo. Teníamos más en un minuto que lo que mucha gente no alcanza a tener a lo largo de su vida. Y vos no supiste verlo.

Pedro: Vivir al margen del mundo no fue posible, doña Inés.

Inés: Tal vez.

Inés arrastra un baúl.

Pedro: Dejadme que os ayude.

Inés: No, Alonso lo hará. (Lautaro no se mueve) ¿Lo harás verdad?

Lautaro: Sí señora, yo te ayudo.

Inés: Vamos, entonces.

Pedro: Inés...

Inés: (Lo besa) Perdonadme mi señor. Pero no volveré a hablar con vos.

Inés abandona la casa de Valdivia. Lautaro arrastra sus cosas.

Pedro: Mierda. Tal vez fuimos felices y debamos pagarlo en el infierno.

16. Valdivia borracho. Diego, Antonio y Juan. Todos feroces.

Pedro: Partiremos hacia el sur. Hoy daremos comienzo a la Guerra de Arauco. Ya nada tengo en Santiago de Nueva Extremadura. Ya nada me podréis quitar. He liquidado todas mis haciendas. He comprado armas, caballos, guarniciones. Vosotros seréis los capitanes. Ya han llegado vuestros soldados de refuerzo. Aunque alguno de vosotros debe haberme traicionado no gastaré mi tiempo en saber quien fue. Pero no permitiré nuevas conspiraciones. ¿Queríais una mejor hacienda? Ha llegado el momento de conquistarla. No podemos sino vencer. Construiremos una ciudad y desde allí avanzaremos entrando en la selva y levantando fortalezas. Cercaremos a los indios. Ya veréis como antes del invierno tendremos la región avasallada y todos seréis señores.

Don Bruno: (Entrando) ¡Albricias gobernador!

Pedro: ¿Cómo os atrevéis a venir a verme, vos que sois el responsable? ¡Vos que habéis comenzado la conspiración! ¡Que habéis redactado las acusaciones! ¡Que estáis todo el día registrando los documentos como una rata!

Don Bruno: Pero, ¿qué estáis diciendo? Yo no he tenido parte en ello. Los cargos fueron redactados en secreto.

Pedro: ¿Os atrevéis a negarlo? Vos estabais muy bien informado, me lo habéis dicho antes de embarcarme. ¡Capitanes! ¡Arrestad a este hombre!

Antonio y Diego rodean a don Bruno.

Don Bruno: Disculpádme gobernador. No cometáis una injusticia conmigo. Vos sois un hombre inspirado y seréis observado por la historia...

Pedro: ¡Dejad de fingir que sois un viejo loco! ¿Por qué estáis siempre anticipando lo que ha de sucederme?

Don Bruno: (En sottovoce) Porque usted avanza por la vida como una bestia voraz, Valdivia. Yo he tratado de advertirlo pero eso no me vuelve culpable. Que ese viaje al Perú iba a desencadenar su ruina, es verdad, se lo dije, pero usted no ha querido escucharme...

Pedro: (Borracho y malo) ¡Este hombre está endemoniado!, ¡habla como un hechicero! Siempre está profiriendo palabras venidas del otro mundo. Padre Juan, entregádselo a los monjes.

Juan: Está bien. Atadlo pero tened cuidado, que si está cogido por el demonio, puede atraparos una fuerza violenta.

Antonio y Juan atan a Don Bruno que no se resiste, sigue intentando razonar.

Don Bruno: No gastéis vuestro tiempo en mí, gobernador. Actuad como un hombre de bien.

Pedro: (Cada vez más enojado) ¡Encerradlo! Quitadle las llaves del cabildo. Que devuelva los documentos que están bajo su custodia. Que nadie le hable. Que nadie se le acerque. Que se trague sus maldiciones, que caigan sobre sí mismo los demonios que ha despertado.

Don Bruno: Valdivia, vendrán otros... nuestra vida es sólo un trazo de un dibujo en el cielo que no alcanzaremos jamás a contemplar. ¿Que vais a comenzar la guerra de Arauco? No hacéis más que arrojaros a la muerte. (Por Lautaro). Y ese muchacho indio que le sigue a todas partes, Valdivia. No debería confiar en él.

Pedro: (Furioso) Hacedlo azotar. Ya es suficiente. Este hombre se levanta contra mi autoridad.

Los soldados arrastran a don Bruno hacia el cepo.

Don Bruno: (Se quiebra) No señor, os lo ruego. Perdonadme. Y soy un hombre viejo que carga con un destino muy superior a sus fuerzas. No me haga azotar, os lo ruego. No podría soportarlo. Dejadme ir que no volveré a hablarle, os lo prometo. Yo sólo he querido ayudarlo a realizar su sueño, porque sé que en su vida marcará la memoria de mi pueblo. No. Valdivia, detened a los verdugos. Yo no soy un hechicero. Soy un hombre abrumado por la visión. No, misericordia, deteneos os lo ruego... Hace frío, carajo qué frío más grande hace... que alguien cierre las ventanas... Ay diablos que el corazón estalló... y hoy es lunes... el

archivo va estar cerrado por culpa de mi muerte... vamos... ya no se puede hacer más... habrá que resignarse a quedar solito en este archivo polvoriento...

Don Bruno cae.

17. El presente. El archivo. Don Bruno yace en el suelo. Entran unos enfermeros con camilla. Lo atienden con una rutina estricta y profesional. No ven ni escuchan a Valdivia.

Pedro: ¡Oh! Don Bruno, perdonadme. Jamás debí desatender vuestros consejos. Vos teníais razón. Debí pensar en el futuro y guardar celosamente la conciencia del tiempo. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Cuando se está con vida se encuentra uno tan furiosamente atrapado al interior de sí mismo. ¡Y qué pasmoso resulta comprenderlo!

Vos habéis descubierto los documentos que narran las circunstancias de mi vida y de mi muerte. Os lo agradezco. Los dejaremos aquí para abrigar la memoria de aquel tiempo. Pero no será en ellos que encuentre la paz como tampoco vos la habéis encontrado. ¿Qué morí en manos de los bárbaros? Eso fue como debió serlo. Yo no lo recuerdo. No guardo de la vida sino la nostalgia de esas noches del verano cuando el viento al bajar de los Andes nos traía el olor de los almendros. Dejadme que os acompañe don Bruno, que yo conozco aquellas oscuridades. Dejadme conduciros en este viaje. Permitid que hoy sea yo quien os oriente y dejemos en paz a los vivos que el amor, la gloria, la riqueza, cuanto me habéis recordado no alcanza para abarcar los terribles misterios.

Morid tranquilo don Bruno, que no es en esos registros donde está escrita mi vida ni tampoco allí se escribirá la vuestra. Venid, descansad amigo mío, que yo guardaré vuestro sueño.

Bibliografía:

Vivar, Gerónimo de "Relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile". Edición facsimilar y a plana del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1966.

Mariño de Lovera, Pedro "Crónica del Reino de Chile". Colección historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia nacional, (Tomo VI). Santiago, Imprenta de ferrocarril, 1865.

"Actas del Cabildo de Santiago (1541 a 1557)". Colección historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia nacional, (tomo I). Santiago, Imprenta de ferrocarril, 1861.

Góngora Marmolejo, Alonso. "Historia de Gongora Marmolejo" (1536-1575)- Documentos. "Historia de Córdoba y Figueroa" (1492-1717). Colección historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia nacional, (Tomo II). Santiago, Imprenta de ferrocarril, 1865.

Barros Arana, Diego. "Obras completas". Estudios históricos (Tomo VIII) (Proceso de Valdivia y otros documentos inéditos concernientes a este conquistador). Santiago, Imprenta Cervantes, 1909.

- Barros Arana, Diego. "Historia de Chile". (Tomo I) Santiago, Editorial Universitaria, 2000.
- Valdivia, Pedro "Cartas de relación de la conquista de Chile" Editorial Universitaria, 1976.
- Ovalle, Alonso de. "Histórica relación de los reinos de Chile". Editorial Universitaria, 1978.
- Ercilla, Alonso. "La araucana" Santiago, Introducción de Hugo Montes, Editorial del Pacífico, 1956.

Inés Stranger. Correo electrónico: istrange@uc.cl

Todos los derechos reservados
Buenos Aires 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar